

CENTRAL
021-678
C.2

ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

C.2

Círculo de Estudios Condición
de la Mujer - Abril 1980.

LIBERACION POLEMICA

A raíz de la difusión del documento "Algunas ideas respecto a la Condición de la Mujer", que fue la base para inaugurar las actividades del Círculo de Estudios de la Mujer, en Mayo de 1979, apareció en Revista Análisis N°17 (Oct./79) el artículo de R.G. "Liberación femenina, una tarea del Hombre".

Dentro del Círculo continúa la discusión en torno a la manera de enfocar el tema, y una de nosotras, pública, en la misma Revista Análisis (N°19, Dic/79), un nuevo artículo: "Las palabras, NO!".

Como estimamos de vital importancia el problema, y para que no termine el diálogo, ni se cierre aquí el debate al respecto, hemos reproducido ambos artículos, para que la discusión pueda enriquecerse con nuevos aportes.

Círculo de Estudios Condición
de la Mujer - Abril 1980.

LIBERACION FEMENINA, UNA TAREA DEL HOMBRE

Raúl Gutierrez.

En el concurso celebrado a fines de Julio en Australia a la representante de Venezuela no la eligieron "Miss Universo" por su inteligencia, sino por ser la más estupenda representante de la mujer objeto. No cabría extrañarse entonces de sus declaraciones en las que, pese a confesar que no los entiende, descalifica los postulados feministas. Lo que sí resulta a primera vista curioso es la importancia que "El Mercurio" otorgó a las palabras de la joven, al publicarlas bajo un gran titular de primera página.

Se trata de una nueva demostración de la hostilidad que los sectores reaccionarios dispensan a las ideas que propugnan el término de la discriminación sexual. Las más de las veces ese antagonismo se queda sólo al nivel de la caricatura del feminismo o de la explotación sensacionalista y torcida de ciertas declaraciones o actitudes. Pero cada vez con mayor frecuencia los ideólogos del oscurantismo están examinando en serio el desafío que el feminismo les plantea.

Tal vez ello tenga la virtud de hacer comprender a muchos que la liberación de la mujer y por ende la del hombre constituye un problema de incuestionables connotaciones po-

líticas, vinculado enextricablemente a otras luchas y procesos de esta naturaleza, y en donde las fuerzas en pugna se alinean no en función del sexo de las personas, sino en términos de su adhesión o repudio al sistema social vigente y a las normas morales que lo sustentan.

LAS VICTIMAS NO SON SOLO MUJERES.

Un reciente documento sobre la realidad de la mujer en nuestro medio, elaborado por un grupo feminista, ha puesto de relieve la mencionada vinculación. Se expone claramente que las dificultades que experimentan tantas mujeres que no quieren limitarse a ser madres y esposas fluyen en lo fundamental de la forma de organización económica de la sociedad y de la mitología sobre la femineidad y masculinidad en que se nos educa desde la infancia.

Sin embargo, el mencionado documento no enfatiza lo suficiente en que este estado de cosas perjudica no sólo a las mujeres, sino también a los varones, en especial a las personas de uno y otro sexo que tienen la pretensión de desarrollarse como personas.

También los varones han tenido que aprender a ser "machos" y a ceñir su forma de actuar y hasta de sentir a rígidas pautas pre-establecidas, so pena de ser considerados "raros". Con la frase consabida de "los hombres no lloran",

han aprendido desde pequeñitos a ocultar sus sentimientos y a mutilar su efectividad. Y al comprobar las reacciones que se suscitaban si querían jugar con muñecas, se socializaron en la idea de que la crianza y cuidado de los hijos es asunto de mujeres, y que la paternidad casi no tiene importancia verdadera.

Aparte de sus consecuencias de carácter político, la vigencia casi incontrarrestable de la mitología sobre masculinidad y femineidad ha tenido como fruto la constitución de mundos separados, excluyentes entre sí, porque los hombres y las mujeres tendrían sus respectivos temas de interés que, supuestamente, al otro sexo no le importarían. La posibilidad del enriquecimiento mutuo en la relación de pareja se ve así frustrada, con grave deterioro del desarrollo personal de las dos partes. El y ella están separados por una brecha inquebrantable, que lleva con frecuencia a que las partes sufran los efectos de una dramática incomunicación. En este esquema, el coito representa para numerosos varones el único contacto íntimo con las mujeres (y viceversa); el punto en que más se aproximan a la artificial barrera de separación de los sexos.

TAREA INELUDIBLE DE MUJERES ... Y HOMBRES

Cuando no se tiene conciencia -o no se señala con él

énfasis debido- que también los hombres son víctimas de la mitología sexual imperante se corre el riesgo de incurrir en desviaciones del tipo de las que explotan con fruición los ideólogos del statu quo. Se pierde de vista, en efecto, que la liberación de la mujer tiene que producirse en forma simultánea con la del varón y que, en consecuencia, la pugna es entre los que están a favor y en contra de este proceso.

La liberación femenina entonces es un proceso que interesa y compromete no sólo a las mujeres conscientes, sino también a los varones que quieren ser personas. Toda actitud excluyente de parte de las mujeres revela una inadecuada percepción del problema y genera una actitud de recelo de parte de muchos varones, no del todo conscientes del mismo, pero en una actitud abierta y positiva.

Postular que "es nuestra, y sólo nuestra, la responsabilidad de exigir que se cumplan los derechos de la mujer" revela una tendencia peligrosa porque lleva a exonerar a los hombres de un compromiso que también para ellos resulta ineludible porque, aún cuando no se vieran afectados en absoluto -lo que no es así- no podrían eximirse de solidarizar con quienes son víctimas de un trato injusto.

Por otra parte, el hecho de comprobar la existencia de

una cierta animadversión contra el sexo masculino no debería servir de excusa para que los varones conscientes justificaran una actitud de prescindencia frente a los esfuerzos de grupos feministas por la liberación de la mujer. La desconfianza de ellas respecto de los hombres en general es, si no razonable, al menos comprensible. Pero la única manera de superar la brecha es aprender a caminar juntos, entendiendo que unos y otros tienen que enseñarse mutuamente, y que superar prejuicios ancestrales es una tarea de largo aliento, no exenta de equivocaciones y tropiezos.

EL DETERMINISMO BIOLÓGICO

Ante la emergencia del pensamiento que propicia el término de la discriminación entre sexos, los ideólogos del statu quo han reaccionado con sagacidad. Aparte de sus intentos, muchas veces exitosos, de ridiculizar declaraciones o actitudes, han asumido una posición en apariencias moderada, que dista mucho, por cierto, de un rechazo inflexible a todo cambio.

Se reconoce que la situación de la mujer ha sido tradicionalmente desmedrada (aunque se silencian las causas profundas del fenómeno), y se acepta sin mayores obstáculos que la discriminación debe, en términos generales, ser superada. Debe irse a la igualdad de oportunidad, de derechos, pero...

En ese "pero" está la trampa. Un peligro que incluso algunas feministas no advierten. Su no consideración puede reducir toda su lucha a escaramuzas anecdóticas y llevar a cambios meramente superficiales que, por eso mismo, no alteren la esencia del statu quo y, peor aún, lo hagan incluso más eficiente y estable.

El "pero" reside en que la igualdad del hombre y la mujer constituiría un hecho falso porque entre ésta y aquél existen diferencias biológicas irreductibles y de un carácter determinista insuperable. Aceptando incluso que ninguna persona es igual a otra, el factor condicionante básico de la forma de ser de un individuo sería su sexo; y ello no como fruto de condicionantes culturales, sino como consecuencia del imperativo "natural".

La mitología imperante desde siglos se encuentra tan arraigada que incluso hay hombres y mujeres de mentalidad progresista que aceptan este predicamento, a veces sin captar sus consecuencias políticas, y en otras ocasiones abrumados ante los testimonios "irrefutables" que les entrega la realidad, en cuanto a las diferencias "naturales" entre uno y otro sexo. Resulta difícil para muchos tomar conciencia de la gravitación avasalladora que un aprendizaje social de siglos tiene sobre la conducta de los individuos. Por o

tra parte, no todos tienen conciencia, cuando se postulan a analogías con especies animales para demostrar la irreductibilidad de las diferencias, que el ser humano se distingue radicalmente de los demás seres animados por su independencia potencial de todo condicionamiento instintivo, autonomía que aumenta junto con el progreso científico y tecnológico puesto al servicio del hombre.

La aceptación del criterio de la "diferencia natural" e insuperable entre el varón y la mujer conduce inevitablemente a legitimar el statu quo introduciéndole en el mejor de los casos ciertos ajustes marginales. En efecto, si esa diferencia existe y, sobre todo, si es tan irreductible y determinante como se postula, es obvio que cada sexo tiene roles específicos que cumplir y que, en consecuencia, la búsqueda de la igualdad no pasa de ser el engendro de féminas amargadas o de varones "raros".

Lo curioso del caso es que a través de los siglos ha sido la aplicación de precisamente ese criterio el que ha llevado a la mujer a la condición desmedrada contra la que ahora, con toda justicia, se subleva. No se divisa cómo la persistencia de este enfoque podría conducir a una superación de la crisis de identidad que afecta a los grupos femeninos más conscientes y que tiende a agudizarse en forma inexorable, al menos en el mundo occidental.

OSCURANTISMO Y CONDICION DE LA MUJER

Podrían citarse numerosos testimonios de cómo los ideólogos del oscurantismo ponen el acento en la diferencia natural e irreducible y de la forma en que, sobre esta base, explotan con sensiblería de telenovela los mitos sexuales tradicionales, pasando de contrabando sus ideas políticas.

Ahí está el caso de George Gilder, autor del polémico Suicidio sexual en el que sostiene que "las diferencias entre el hombre y la mujer constituyen la raíz de todo nuestro orden moral y social", que no es otro, por cierto, que el sistema capitalista avanzado. "La mujer realiza en el hogar la más importante labor de la sociedad civilizada, pues, en última instancia de sus responsabilidades maternas y domésticas derivan aquellos valores que son necesarios para preservar la democracia, amenazada por los embates del totalitarismo..." Para comprender el mensaje a cabalidad, debe señalarse que Gilder es activo militante del Partido Republicano de Estados Unidos, y no precisamente de su pequeño sector progresista.

En el plano doméstico, hay también ejemplos aleccionadores. Un extenso artículo de la señora Sara Navas, publicado hace algún tiempo en "El Mercurio", junto con alabar las disposiciones del Acta Constitucional N°3, dictada por

la Junta Militar de Gobierno, arremete en contra de quienes postulan una "pretendida" igualdad jurídica entre el hombre y la mujer: "El hecho real y verdadero que imprime a la mujer un carácter único, indeleble y permanente es la maternidad. No hay rasgo más sobresaliente ni más genuino en la mujer que su constitución natural para dar a luz, ya que toda ella está conformada para ser madre. Nada hay que queda fuera de esa realidad, que se confunde con la mujer misma, porque su organismo y su espíritu, en una unidad y cohesión inseparables, han sido creados para transmitir vida... De la mujer de hoy, del status jurídico (especial) que rige su conducta depende, sin duda, el porvenir de los pueblos. La mujer es madre; lo fue y lo seguirá siendo hasta el final de los siglos..."

Es difícil para las mujeres sustraerse a toda esta palabrería hueca, sensiblera y demagógica que las bombardea en forma incesante. La tentación de luchar sólo por algunos cambios marginales, sin cuestionar el fundamento mismo de todo el sistema, es enorme y acecha una y otra vez. La alternativa es dura y desanimante porque supone zafarse de prejuicios profundamente arraigados y renunciar a una serie de ventajas y privilegios, derivados de la condición femenina, de los que gozan en especial las mujeres más preparadas, que constituyen el grueso de las feministas. Renunciar a esos beneficios a cambio de la incierta fórmula de tratar de

ser personas completas, de relacionarse de igual a igual con los varones lealmente, no es ningún juego, sobre todo cuando se trata de llevarla a la práctica, a los actos y conductas de todos los días.

Sin embargo, conformarse con cambios superficiales implica en el fondo aceptar que las mujeres sigan metidas en forma exclusiva en el hogar, ajenas o comprometidas marginalmente en las grandes luchas por la justicia y la paz, por el respeto a la dignidad del ser humano, por estructuras económicas y sociales -y sobre todo por valores- más solidarios. Mantener a las mujeres al margen de la historia ha sido un logro significativo de los grupos reaccionarios de distintas épocas y períodos. Es lógico que intenten prolongarlo el mayor tiempo posible.

Aferrarse a "la diferencia biológica" y atribuirle un carácter determinante constituye por último un atentado contra el desarrollo integral de hombres y mujeres. Porque sólo en la medida que unos y otros logren ser ellos mismos, promoviendo creadora y espontáneamente sus potencialidades, estarán creciendo como personas y enriqueciéndose entre sí. Y sólo en la medida en que asuman en conjunto las responsabilidades grandes y pequeñas, desde las tareas domésticas y el cuidado de los hijos hasta el dominar y poseer la tierra estarán construyendo un mundo más humano y fraternal.

"LAS PALABRAS... ¡NO!"

Julieta Kirkwood.

Cuentan que a la caída de la "República de los 12 días", en cierto Ministerio, y en medio de los alborotados funcionarios salientes que cargaban documentos, archivos, máquinas de escribir y hasta algún mobiliario, surgió de pronto, como súbita y alarmada conciencia, una voz de ruego: "compañeros: ¡Los relojes, no!"

Este simpático episodio, tantas veces escuchado se unió en mi percepción, a la lectura, desde el título mismo, del artículo de Raúl Gutiérrez: "La Liberación de la Mujer, una Tarea del Hombre", en Revista Análisis N°17. Para no ser objeto de mi propia y única sensibilidad, después de leerlo cuidadosamente, lo comenté con el grupo de mujeres responsables del documento que se menciona en el artículo. La sensación incómoda persistía en forma más o menos similar entre todas nosotras.

Es esta situación de ánimo, recordé la frase de un párroco francés de provincia, leída en una novela pretérita que me había impresionado fuertemente: "Y si no tienen las palabras para expresarse es que hasta eso les hemos quitado"

había dicho refiriéndose a la imposibilidad de expresión de las gentes más miserables de su parroquia. Era natural, en tonces, sentirse profunda y confusamente conmovida por aquellos que habían sido privados hasta de la palabra, símbolo y último reducto de expresión de la cualidad humana.

Hoy pienso, tal vez exageradamente, que "aquellos" podríamos ser también "nosotras", las mujeres, las mismas que nos hemos propuesto realizar "nuestra y sólo nuestra responsabilidad de exigir que se cumplan los derechos de la mujer".

R.G. teme que con ello se exonere a los hombres de una tarea ineludible de solidarizar con las víctimas de un trato injusto, y que se haga realidad la "existencia comprobada de una cierta animadversión contra el sexo masculino, de parte del grupo "feminista" que habría elaborado ese documento". También desconfía de nuestro derecho exclusivo al uso de las palabras "liberación femenina" y, sostiene: "Esa es una tarea del hombre"...

Nosotras pensamos: "Alguien nos está quitando las palabras; alguien está diciendo nuestras palabras de otra forma"... Y sabemos lo que significa privar a un grupo de la novedad de su protesta: de la íntima pertenencia de su protesta.

Es verdad que la sujeción de la mujer no es sólo una

situación presente; y es verdad que desde siglos se encuentra arraigada en la humanidad la diferenciación determinista y biológica; es cierto también que la protesta no es un invento reciente y, desde siempre, debe haber estado inscrita en la sujeción de la mujer. Pero también es cierto que cuando miramos hacia atrás, buscando nuestra historia, sólo encontramos un pasado "invisible"; -justamente por haber sido narrado por los hombres, con sus palabras. Hemos visto también, cuales son las trazas de nuestra liberación, cuando esta ha sido "tarea del hombre".

Cuando en 1789 se pensó que la razón, el libre albedrío y la fraternidad humanas se convertirían en los principios rectores de una nueva sociedad, a las mujeres, mediante un limpio corte de palabras que hacían referencia a "razones de naturaleza", se las dejó fuera de aquella razón, libertad, igualdad y fraternidad. (En honor a las mujeres de esa historia recordemos que el corte fue impuesto por la razón, la fraternidad y la fuerza masculina como resultado, precisamente, de esa tarea asumida para la liberación de la sociedad).

¿De cuál sociedad?... nos seguiremos preguntando... pero con nuestras palabras. Porque al sentimiento conmovido, doloroso, experimentado por el escamoteo de la palabra, hemos de agregar la estupefacción, la ira, la sensación de ma

noseo y utilización; pero, al mismo tiempo, el imperioso de seo y la voluntad de aclarar esos equívocos.

La liberación de un sector o de un grupo sometido o discriminado es un TODO irrenunciable para ese sector o grupo. Cuando decimos que es "nuestra y sólo nuestra" la tarea de liberarnos, estamos afirmando una condición sin la cual la liberación se hace imposible, insostenible. Esa condición es la propia rebeldía de aquellos que, como grupo, buscan la liberación. La rebeldía es, en su primer momento, un acto individual, de conciencia de sí de una persona que, carecien do de identidad, lucha por conquistarla. La rebeldía es el NO que se pronuncia cuando se busca oponer límites a la acción perversa del mundo; es el NO que implica a la vez la negación a una intromisión indebida del mundo, una afirmación del propio derecho. La rebeldía es el NO que se pronuncia y se realiza sólo cuando se cree, no importa cuan confusamente, que se tiene la razón.

Pero, aún más, la rebeldía es el rechazo a una situación cuando se es capaz de ver y de tener conciencia de esa propia forma de ver; cuando se ve y se niega el mal contenido en la situación anterior; cuando es posible sobrepasar los límites opuestos por el Orden que nos niega.

Sólo entonces de esa conciencia podrá nacer la liberación, ese todo irrenunciable y único capaz de develar la na

da de la situación anterior.

Si es a esa liberación a la que aspiramos, nadie podrá regalarnos, ni tomar por nosotras, esa conciencia; y es pretendiendo esa liberación que lamentamos y rechazamos la apropiación que se hace de nuestros términos.

Luego de esa primera toma de conciencia, y jamás sin esa toma de conciencia individual, podrá el fin de la liberación atribuirse a todos los hombres. Será entonces cuando el individuo humano podrá levantarse por todas las existencias al mismo tiempo; y será entonces, sólo entonces, cuando pueda asumirse como parte irrenunciable de la humanidad.

Antes, ningún compañero, esposo o amigo podrá llevarnos de la mano hacia esa liberación, ni pretender saltar por encima de la conciencia femenina necesaria. Antes, como es justamente admitido por R.G., también los hombres deberán liberarse de las "mitologías sexuales" que les reducen sus posibilidades de ser personas.

Ambos sexos se encuentran atrapados en su propia singularidad.

Creemos que la liberación de la mujer necesita de la liberación de todos los seres humanos y creemos que la liberación del hombre necesita de la liberación de todos los seres.

res humanos; pero también sabemos que las mujeres han alcanzado su conciencia social a través de ideas, acciones e instituciones formadas predominantemente por hombres; que sólo nos conocemos a nosotras mismas al interior de sociedades donde dominan el poder y la cultura masculinas. También sabemos, hasta ahora, que sólo podríamos aspirar a nuestra alternativa de liberación en los movimientos definidos en términos masculinos; y también aprendimos que, una liberación para la mujer que no surja desde las raíces mismas de su opresión y sea en cambio, definida en términos masculinos -por bien intencionada que sea la formulación- resultará tan paralizante como una perspectiva que incluya, para la liberación total de la Humanidad solamente la liberación de la mujer.

La liberación no se regala, ni se concede, ni se compra; se hace, y se va haciendo sólo en la medida en que se concrete en la realidad, y, al hacerse, se irá dando sus propias luces.

Liberarnos juntos en la sociedad, ¡sí! Liberar al ser humano de la opresión y la discriminación, ¡sí!, pero, cada uno, previamente mirando dentro de sí mismo aquello que lo pervierte y que lo niega, para luego emprender, en conjunto, la tarea que hemos de llevar a cabo en el futuro.

Las ideologías en ascenso no siempre llevan su trazo claro; ni tienen que llevarlo si no quieren sucumbir en el error.

Solamente la recuperación de cada interioridad femenina y, el reconocimiento e identificación con las "otras" interioridades femeninas semejantes -por confusamente que sea percibido desde fuera- nos podrá abrir la posibilidad de seguir los rumbos de la liberación. Para ello necesitamos reservarnos la integridad de nuestras palabras; para ello, si es preciso, reclamaremos el derecho de exigir: "Señores, las palabras, ... ¡no!